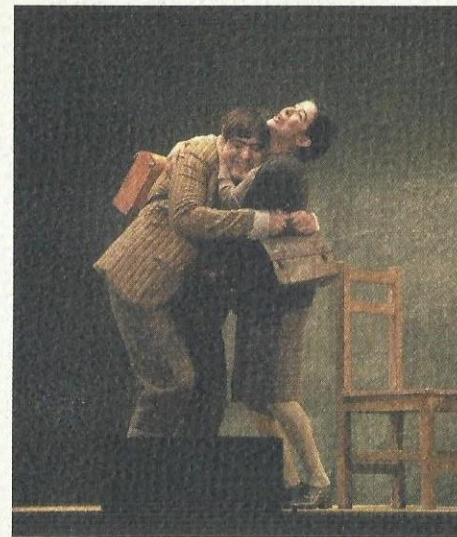


SUZANNE LEBEAU  
**ELOGRITO**



EDICIONES EL MILAGRO

T E A T R O

*Salvador*  
*El niño, la montaña*  
*y el mango*

Traducción de Cecilia Iris Fasola

Salvador  
El niño de la montaña  
y el mar

Escrito por Carlos Lora

A Luisa Huertas  
A Sandra Félix



## NOTA DE LA AUTORA

Fui a América del Sur... No a la de las playas ni la del sol: a la de la vida cotidiana. Me encontré en un mundo extraño, desmedido, en donde el calor no tiene nada que ver con el sol, en donde la poesía se pasea libremente porque los poetas están en las cárceles y donde, muchas veces, conseguir la comida del día se vuelve la principal preocupación.

El Sur me habitó durante dos años. Le di vida y muerte a personajes de hombres, de mujeres y de niños porque traicionaban el recuerdo de una alegría de vivir apasionada, obstinada. Escribía como el equilibrista camina sobre su cuerda floja. Las trampas me acechaban a cada palabra. ¿Cómo hablar del Sur sin mentir, sin embelesar, sin deformar? ¿Cómo evitar la conmiseración cuando hablamos de niños que invaden las plazas públicas para ganarse la vida, descalzos, con el estómago vacío? ¿Cómo traducir el afecto de la gente en la calle, el orgullo de mis amigos que me ofrecían un plato de lentejas como si se tratara de un festín? ¿Cómo decirlo sin dar explicaciones y sin señalar culpables?

El rostro de un niño brotó a la superficie y le dio sentido a los kilómetros de tierra árida alrededor de los pequeños oasis verdes y llenos de lujo, a los autos que cambian de propietarios cuando éstos ya se cansaron, a las ratas que muerden a los niños, a los perros que muerden a los niños, al agua que nunca sabemos si está contaminada. Le di a este niño el nombre de Salvador y su historia impone la evidencia de que vale la pena vivir la vida.

Sólo me queda un remordimiento: nunca sabré si algún día se pondrá la camisa y la corbata que tanto deseaba su madre.

SUZANNE LEBEAU



## PERSONAJES

**SALVADOR**  
acción, el niño

**SALVADOR**  
relato, el adulto

**LA MADRE**  
Benedicta

**EL PADRE**

**JOSÉ**  
el hermano

**MARÍA**

**TERESA**

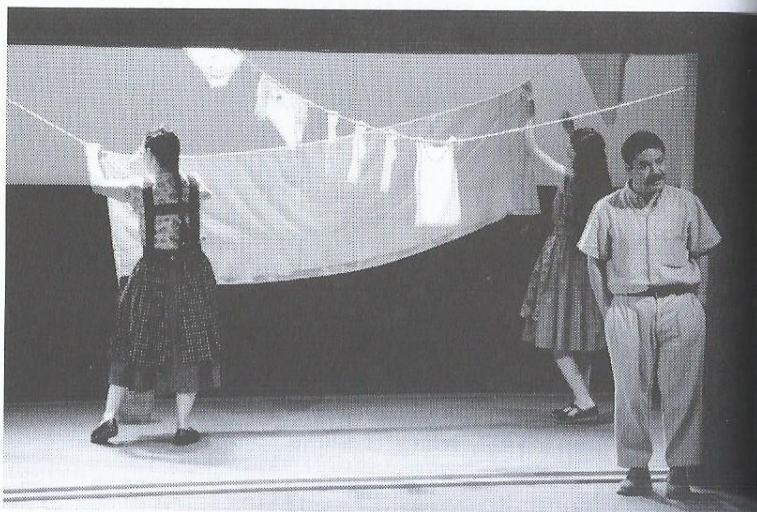
**ANA**  
las hermanas

**ENRIQUE**  
el maestro

**BLANCA ALBACARRA**  
una mujer rica del pueblo

**LOLITA**  
la sirvienta de Blanca Albacarra

**ÁLVARO**  
un hombre



### Recuerdo 1. El día de mi nacimiento las campanas no sonaron

SALVADOR: *(Relato.)*

Yo nací en las montañas a la sombra de los eucaliptos  
justo bajo el sol y el cielo.  
Siendo pequeño, creía que al crecer podría con  
sólo estirar los brazos disipar las nubes de lluvia  
que entristecen el corazón de la gente.

Mi madre, que era un adulto y que debía saber  
que las cosas no se hacen tan fácilmente, se complacía  
en dejarme creer que yo sería todopoderoso.

Sin embargo, ella tenía varias razones para creer  
que yo nunca haría nada bueno en la vida.  
Nací varias semanas antes, tan pequeño y tan peludo  
que le dijeron que había parido un ratón y  
que ella debía haber cometido un pecado muy  
grande para que le tocara tanta desgracia.

Mi padre no quiso tomarme en sus brazos para  
presentarme al mundo, como es la costumbre. Él  
tenía miedo de mí y creía, en secreto, que no podía  
ser el padre de un bebé tan feo y tan extraño.



Yo era apenas más grande que una papa y había tenido la pésima idea de nacer en el corazón del invierno más crudo que haya conocido la memoria del hombre.

A la mañana, mi padre encontraba helada el agua de las vasijas y tenía que encender el fuego con estiércol para darnos un vaso de agua. La montaña sabe helarse hasta el alma, pero ella no conocía todos los recursos de mi madre que había jurado que nunca uno de sus hijos moriría antes que ella.

Mi madre peleó contra la muerte hasta la primavera. Me masajeaba. Me amasaba como había aprendido a hacerlo con el pan. Me apretaba contra su pecho. Me calentaba con su aliento. Cuando no podía cargarme, me instalaba en una hamaquita de lana de alpaca que había fabricado y me colgaba sobre el calentador en el que hacía de comer.

Desde el primer día del sol de la primavera ella supo que me había salvado. Mi padre me tomó, orgulloso, entre sus brazos para mostrarme el color del cielo y mi madre me hizo bautizar...

MADRE: (*Fuera de escena.*)  
Se llamará Salvador.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Ella confundía en su corazón amante de madre Salvador y salvado.

## Recuerdo 2. La sonrisa divina de mi madre

SALVADOR: (*Relato.*)  
Benedicta, que era su nombre, se levantaba siempre antes del alba.

Se deslizaba discreta y ligera como una golondrina entre las camas, entre las montañas de ropa sucia que nos ayudaba a conservar el calor. Yo adivinaba, a través de mis párpados pesados de sueño, su sonrisa, esa sonrisa que nunca la dejaba.

Con ella iluminaba de una luz feliz las cuatro paredes de adobe grises y pálidas donde pasé mi infancia.

*Benedicta canta.*

Ella salía con su carga de ropa y se ponía a trabajar con el cuerpo hacia el este para ser la primera en saludar al sol.

Lavaba la ropa de la gente rica del pueblo, como si sus manos estuvieran hechas para tallar, exprimir y enjabonar...

Ella era la mejor blanqueadora del pueblo. Mi padre lo decía

y yo lo creía.

MADRE: Una mancha de vino sobre un mantel blanco es una verruga en la punta de la nariz, Salvador.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Benedicta era la más valiente de las mujeres del pueblo; tenía por únicas armas sus manos blancas, el agua helada aun en verano y el jabón amarillo de mala calidad.

MADRE: El agua fría de la montaña conserva la vida de las telas. No hay que quejarse.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Ella había desarrollado una verdadera ciencia de las manchas y todos los remedios para hacerlas desaparecer, y las mujeres del pueblo venían a consultarla.

Ella respondía sin parar... justamente ella que conocía tan bien el precio del tiempo.



MADRE: El zumo de aloe es amargo pero el único que puede devolver el brillo a los colores. Y el sol, Salvadorcito, nada puede volver la ropa más blanca que el sol...

SALVADOR: (*Relato.*)  
Ella relataba las refriegas, las hierbas para obtener un olor de primavera hasta en invierno, la belleza de la ropa blanca y de las cosas bien hechas.

### Recuadro 3. Ser el sexto de una familia de ocho

SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo fui el sexto de la familia y no el último. El primero fue José, ése que sube el camino. Después María. Ella parecía la hermana gemela de mi madre. Tenía dos largas trenzas, altivas y negras, que le bajaban hasta media espalda. Teresa tomó el tercer lugar. Enamoradiza desde la cuna, ella tenía la sonrisa resplandeciente de una flor venenosa y balanceaba sus hombros redondos, dulces y dorados, al ritmo de su paso lento y ágil. Ana, la cuarta, me ha enseñado a leer y a cantar, así como las cosas de la vida. Clara, la quinta, aunque un pie torcido de nacimiento la hizo cojear, vivía de manera discreta y secreta a la sombra de mi madre. En fin, ése fue mi recorrido. Salvador...

Yo ya tenía tres años cuando Julio llegó. Le dejé el espacio cálido y redondo sobre la espalda de mamá. Cuando recibí a Manuela entre mis brazos, yo tenía cuatro años. A esos dos, mi madre los había tenido tan bien, que era una dicha verlos crecer. La armonía que reinaba entre ellos era tan tierna, que me daban celos.

### Recuerdo 4. La vida de todos los días

MADRE: María, el sol ya está alto en el cielo.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Cuando el sol no hacía más sombra, ni delante, ni detrás, mi madre hacía una pausa para darnos de comer.

MADRE: A lavarse las manos. María, ellos deben tener hambre.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Todos los mediodías, ella nos servía una sopa verde con maíz y unas papitas que me cantaban.

MADRE: ¿Pensaste en el cilantro, María?

SALVADOR: (*Relato.*)  
Ella dosificaba las hierbas silvestres con tanto talento, que la sopa cotidiana nos parecía una sopa nueva cada día. A veces, cuando Clara estaba más pálida que de costumbre, le agregaba a la sopa un huevo y entonces la comida se convertía en un festín. Benedicta preparaba sus sopas sobre un pequeño calentador que funcionaba con queroseno, del que estaba muy orgullosa... y cuyo olor me revolvía el estómago, me cerraba la garganta, me quemaba los ojos.

Todavía hoy, en mi jardín que huele a rosas y a jazmines, me basta cerrar los ojos para encontrar intacto el olor del queroseno y recordar que vengo de la montaña.

Mi madre comía parada, cubriéndonos como una gallina cubre sus huevos. Esperaba pacientemente que cada uno terminara su plato, se volvía a poner el delantal sobre sus doce faldas que la cubrían del frío y zambullía sus manos en el agua helada para restregar las sábanas de la señora Albarra...



MADRE: Mira, Teresa, están hechas con el mejor algodón del país...

SALVADOR: *(Relato.)*

La señora Albacarra era la esposa del doctor. Tenía la piel blanca, los cabellos claros y resplandecía de salud. A la salida de la iglesia no veíamos a nadie más que a ella.

Su marido pasaba días enteros en la montaña para visitar a sus enfermos y Blanca Albacarra se quedaba sola en la casa...

Las comadres se daban vuelo inventándole amantes en todo el pueblo.

Teresa, que tenía tres años más que yo, se apasionó por este asunto que le parecía de la más alta importancia.

Mi madre era la más discreta, y sin embargo...

TERESA: Mamá, si lavas sus sábanas... tú debes saber bien...

MADRE: ¿Saber qué, Teresa?

TERESA: ¿Cuántos amantes tiene la señora...?

MADRE: ¿Amantes de quién, Teresa?

TERESA: Mamá, tú sabes muy bien...

MADRE: Yo no sé nada de nada, Teresa.

TERESA: Los amantes de la señora...

MADRE: Chismes de pueblo, Teresa. Aprende desde temprano a no creer todo lo que se dice.

SALVADOR: *(Relato.)*

Nuestra madre no decía ni una palabra para acusar a la señora Albacarra... pero no decía nada tampoco para defenderla y eso era suficiente para dar libre vuelo a la imaginación de Teresa que me calentaba las orejas con historias de amor secretas y apasionadas...

TERESA: Imagínate, Salvador: el señor Morales aprendió a tocar la guitarra para seducir a Blanca y Pedro se mandó hacer unos calzoncillos con encajes...

SALVADOR: *(Acción.)*

¡Un hombre no puede usar calzoncillos con encajes!

SALVADOR: *(Relato.)*

Yo miraba la tela corriente de los calzoncillos de



- nuestro padre y reía imaginando las nalgas gordas de Pedro, el carnicero, en calzoncillos con encajes...
- TERESA: No sabes nada de la vida, Salvador. Eres demasiado pequeño.  
Los amantes de la señora están terriblemente celosos unos de otros, Salvadorcito, y yo creo que esta historia va a terminar en la sangre y el escándalo.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Mis tres años podían apenas imaginar que los amantes, sorprendidos por el marido furioso, se escapaban desnudos como lombrices vestidas sólo con sus zapatos.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Teresa... ¿la señora es tan bella como dicen?
- Teresa se prueba la lencería de la señora. Ella juega con los calzones, los sostenes de los pechos, las enaguas y los corsés.*
- TERESA: Mucho más que bella, Salvador. Los hombres se mueren sólo de mirarla, ¿sabes? Cuando yo sea grande seré como ella. ¡Mira!
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo soñaba con los hombres que Teresa mataría mostrándoles las enaguas y los corsés de Blanca Albacarra, que mamá colgaba en el tendedero.
- Cuando mi madre terminaba por fin con la ropa de la señora, comenzaba con los grandes manteles del señor Rodríguez, y Teresa se escapaba. Ése no le interesaba.
- Era un constructor de casas famoso por los banquetes que ofrecía a sus clientes.  
El vino y las salsas dibujaban paisajes que mi madre tardaba horas en hacer desaparecer.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Las personas grandes pueden hacer tanto desastre cuando comen?

- MADRE: El señor Rodríguez se divierte con sus amigos, Salvador, y se deja llevar por el placer.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Tú dices siempre que no hay que divertirse con la comida.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo no entendía por qué el señor Rodríguez no dejaba la mesa y encontraba su placer en otro lado, como mi mamá nos había enseñado a hacer...
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Así no tendrías que tallar tan fuerte.
- MADRE: ¿Y me quedaría sin trabajo?
- Benedicta canta.*
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Cuando ella tendía la ropa, yo me sentía feliz. La blancura de las sábanas y los manteles resplandecía al sol en la verde frescura de la tarde, y en la voz de mi madre yo sentía la alegría que da el trabajo bien hecho.

### Recuerdo 5. Los domingos de Benedicta

- SALVADOR: (*Relato.*)  
Benedicta nunca descansaba.
- MADRE: La ropa se ensucia incluso los domingos...
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Ese día, ella empezaba más temprano para dedicarnos todas las horas de la tarde. Sabíamos que el momento del paseo había llegado cuando mi padre metía la mano en la cajita de hojalata donde mi madre guardaba sus ahorros.
- PADRE: 18, 19, 20... ¿Crees que alcanza?
- MADRE: Hay que guardar dinero para el estudio de nuestros hijos.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Porque olía las cosas de la vida y porque nos ama-

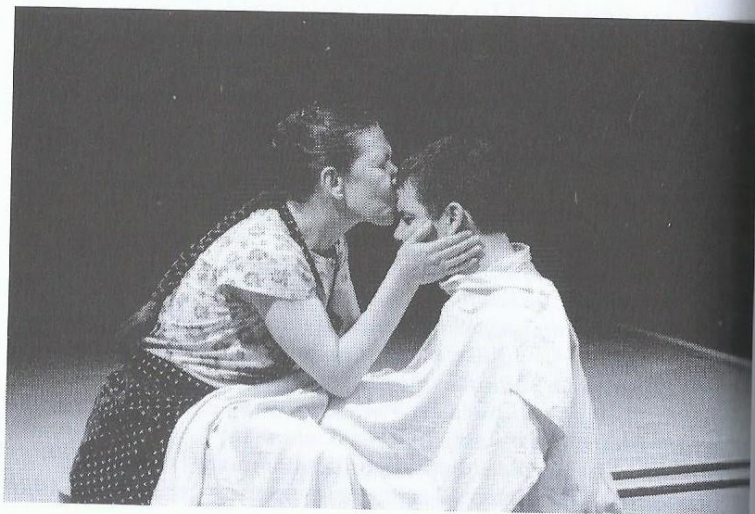


- ba apasionadamente, mi madre sabía que la escuela nos permitiría escapar de la montaña y de la miseria.
- MADRE: José debe estudiar más si quiere ponerse una camisa blanca y una corbata.
- PADRE: Los recuerdos felices no tienen precio, mi tesoro.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Nos llevaban a la plaza del pueblo. Mamá iba al frente. Llevaba a Manuela sobre la espalda, a mí de la mano derecha y a Ana de la izquierda. Seguían José, María y Teresa. Mi padre cerraba la marcha con Julio en los brazos y cantando. Caminábamos colgados unos de otros como un racimo de uvas. Mi madre estaba radiante y recomenzaba cada domingo un discurso que ya sabíamos de memoria.
- MADRE: ¡Miren, mi pequeña Teresa qué linda está! José... ¡cómo creció! Es casi un hombre. Y le va tan bien en la escuela. El maestro está orgulloso de él.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Para recompensarnos de causarle tanto placer, ella nos compraba un agua de fruta en el verano y un chocolate caliente en invierno. Cuando la semana había sido buena, mis padres se miraban con una sonrisa cómplice y nos ofrecían un helado que nosotros jamás nos hubiéramos atrevido a pedir por miedo a que nos lo negaran.
- De regreso, mi madre se ocupaba de su jardín. Había plantado un arbolito de mangos triste y frágil que su hermano le había traído de la costa elogiando el sabor divino del mango.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
¿A que se parecen los mangos, mamá?
- MADRE: Le preguntarás a tu tío Eduardo cuando venga de la ciudad, Salvador.

- SALVADOR: *(Relato.)*  
Ana quería que mi madre le describiera el color de los mangos...
- MADRE: Eduardo dice que los mangos tienen el color del oro deslavado.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Teresa preguntaba qué quería decir un sabor divino.
- MADRE: Cuando nuestro arbolito dé mangos, podré responder a todas sus preguntas.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
La gente del pueblo sonreía disimuladamente. ¿Quién ha visto un árbol de mangos crecer en la montaña? ¿Quién ha visto un mango en maceta producir frutos? Benedicta alzaba sus hombros y sonreía...
- MADRE: Nosotros comeremos los mangos de nuestro árbol.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Jamás dudamos de que nuestro árbol daría los mangos más grandes y mas bellos, los más dulces y los más perfumados.

### Recuerdo 6. Mis primeras grandes preguntas

- SALVADOR: *(Relato.)*  
Los más pequeños dormían la siesta entrelazados y en el calor intenso del mediodía mi madre aplastaba con sus dedos los piojos que transformaban mi cabeza en un campo de batalla.
- Benedicta canta.*
- SALVADOR: *(Acción.)*  
¿Qué quiere decir ser rico?
- SALVADOR: *(Relato.)*  
A los cuatro años ya había aprendido a bajar los ojos cuando pasábamos frente a las casas de car-



tón abiertas a los cuatro vientos y ya evitaba la mirada de los niños que mendigaban en el atrio de la iglesia.

Sabía que del otro lado del pueblo habitaban los ricos. Se hablaba de ellos con tanto misterio y sobrentendidos, que no alcanzaba a saber si ser rico estaba bien o mal.

SALVADOR: (*Acción.*)

Mamá, ¿qué quiere decir ser rico?

MADRE: ¡Ah! Salvadorcito... Ser rico... Eso quiere decir caminar sobre pisos de madera tan brillantes que parecen espejos. Es dormir en camas blandas, tendidas con sábanas frescas y blancas... y cada niño de la familia tiene la suya.

SALVADOR: (*Relato.*)

Comprendí que no éramos ricos... y me alegré por Julio y por Manuela que jamás querían separarse para dormir.

MADRE: Lo mejor de la riqueza, Salvador, son las cocinas. Tendrías que ver para entenderlo. Los azulejos de las paredes y del piso son de un azul que no se parece a nada que yo conozca. Tienen un horno, un refrigerador y tantas otras cosas de las que no sé el nombre...

SALVADOR: (*Relato.*)

Estaba sorprendido de encontrar a mi madre tan parlanchina. Ella que tenía el hábito de hablar con profundidad y de darle peso a cada palabra.

SALVADOR: (*Acción.*)

Mamá, ¿se nace rico o uno se hace rico?

MADRE: Tendrías que preguntárselo a tu tío Eduardo que trabaja en la ciudad. Creo que allá todo es posible...

SALVADOR: (*Acción.*)

Debes saber, al menos, si la gente rica come más papitas y más sopa verde que nosotros.

MADRE: Ellos comen truchas, lomo de vaca, pato asado, carne en todas las comidas, Salvadorcito.



- SALVADOR: (*Relato.*)  
Nosotros comíamos tan poca carne. Sólo en las grandes ocasiones, pedazos tan finitos de carne seca que se podía ver a través de ella.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Si fueras rica, mamá, ¿lavarías la ropa de la señora Albacarra?
- MADRE: Sabes muy bien que no, mi pequeño.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Te quedarías todo el día conmigo para contarme historias?
- MADRE: Tendrías una nana para mimarte... para sacarte los piojos de la cabecita y para llevarte y traer de la escuela.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Y tú?
- MADRE: Yo me ocuparía de la casa, de los sirvientes, del jardín donde crecerían ciruelos con ciruelas grandes como un puño, rosas, laureles. Y todas las noches iría a a tu camita blanca para besarte la frente.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Un solo beso por día...
- MADRE: Yo tendría las manos como la seda y una taza de porcelana para tomar el café de la mañana.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Me sentía confundido imaginando a mi madre en una bata de seda, sentada en un gran jardín mirándose sus manos inútiles...
- MADRE: Bueno, ahora... ¡a jugar, Salvadorcito!  
Debo terminar mi trabajo si queremos comer esta noche.

### Recuerdo 7. El día que encontré a Enrique me di cuenta de que era feliz

- SALVADOR: (*Relato.*)  
Salí de puntitas por la puerta que no rechinaba y decidí ir a la escuela a buscar una respuesta más

- satisfactoria. Como era muy pequeño para entrar, me senté en el umbral de la puerta.
- ENRIQUE: ¿Qué haces aquí?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Busco una respuesta.
- ENRIQUE: ¿Y crees que aquí la encontrarás?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Es la escuela y mi hermana María me dijo que su maestro Enrique viene de lejos y que sabe todo.
- ENRIQUE: Enrique soy yo, y tú eres Salvadorcito, el hermanito. María tiene razón, es cierto que vengo de lejos, pero no sé todo. Hazme tu pregunta y veré si puedo responderte.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Quiero saber si se nace rico o si uno puede volverse rico.
- ENRIQUE: Es una pregunta muy grande para alguien tan pequeño.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Conoces la respuesta?
- ENRIQUE: No hay una buena respuesta para tu pregunta y mi historia me enseñó que uno puede venir rico al mundo y elegir vivir sin la riqueza.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Entonces quién puede darme una respuesta?
- ENRIQUE: Ven a verme después de clases, buscaremos en los libros y tal vez la encuentres. Si no, tú aprenderás otras cosas. Algunos dicen que el saber es la riqueza más grande del hombre.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿A las cuatro y media?
- ENRIQUE: No te olvides. Pregunta por Enrique...
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Él me dio un caramelo que resplandecía en el sol. Me imaginaba los ojos de Julio y de Manuela brillar de placer escuchando desplegarse el papel.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¡Julio!... ¡Manuela!
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Dormían como ángeles y el silencio era tan puro,



que escuchaba mi propio corazón latir como un tambor.

Mi madre canturreaba a lo lejos, los grandes aprendían el mundo en los bancos de la escuela, mi padre entraría al atardecer y me subiría a sus hombros para ir a buscar agua al arroyo. Comprendí que, rico o pobre, era feliz y me dormí con el caramelo apretado en la mano.

### Recuerdo 8. Cómo aprendí a leer

ANA: Salvadorcito, despierta...

*Ana entra con un cuaderno en la mano.*

SALVADOR: (*Relato.*)

La voz de Ana era alegre, sedosa como una caricia.

ANA: Rosa y verde, Salvador...

SALVADOR: (*Relato.*)

El verde quería decir que no había errores y el rosa, que había cumplido con todos sus deberes. Ana estaba en primer grado de la escuela y sólo le gustaban las crayolas de colores de la maestra.

ANA: Hay que dibujar muchas "a", Salvador.

SALVADOR: (*Relato.*)

Ana soñaba con tener crayolas de todos los colores y sólo por ello había decidido ser maestra de escuela.

ANA: En ananá, Salvador, ¿hay más o menos "a" que en Ana?

SALVADOR: (*Acción.*)

Tres en ananá, dos en Ana.

ANA: La O es redonda como el culo de una gallina. La I es orgullosa y nunca se pasea sin sombrero.

SALVADOR: (*Relato.*)

Ella dibujaba las E, las U y las consonantes que dan sentido a las vocales, con pequeños restos de

lana que caían de los abrigos que mi madre tejía para los turistas.

ANA: La S sirve para escribir tu nombre, Salvadorcito.

SALVADOR: (*Relato.*)

Escribí una S en su cuaderno, ya que ella había ido a buscar el rojo que le faltaba para escribir la F de fuego. Me encantaban las letras y cuando todo estaba tranquilo, me sentaba en el umbral de la puerta y escribía aes, bes y pes sobre la tierra seca.

SALVADOR: (*Acción.*)

A... B... C... D...

SALVADOR: (*Relato.*)

Cuando conocí todas las letras del abecedario, las pegué unas con otras y descubrí las palabras.

SALVADOR: (*Acción.*)

L y U forman LU... N y A forman NA.

SALVADOR: (*Relato.*)

Escribí luna, madre, padre, Ana... y me pareció que escribir era la cosa más hermosa que existe sobre la Tierra. Escribí la palabra tierra.

SALVADOR: (*Acción.*)

¡Mamá! Ven a ver.

*Benedicta entra.*

¡Mira!

MADRE: ¿Quién escribió eso, Salvador?

SALVADOR: (*Acción.*)

Yo.

MADRE: No se debe mentir. Salvador. Eso está mal.

SALVADOR: (*Acción.*)

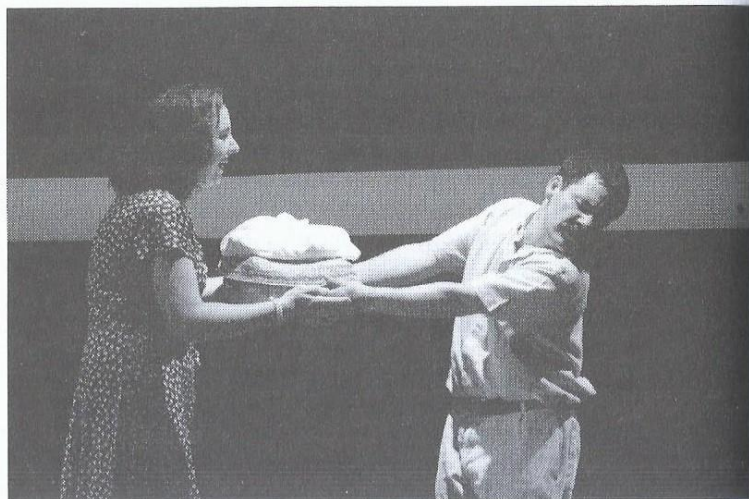
Fui yo, mamá.

MADRE: Eres demasiado pequeño para saber escribir.

SALVADOR: (*Acción.*)

M-a-m-á...

*Salvador escribe más rápidamente.*



Te amo.

MADRE: ¿Quién te enseñó a escribir?

SALVADOR: (Acción.)

Ana.

MADRE: Pero si Ana no sabe todavía.

SALVADOR: (Relato.)

Yo no me atreví a respirar. Ya no sabía si estaba bien o mal saber escribir a los cuatro años...

MADRE: Salvador, voy a llenar la cajita de hojalata y te irás a estudiar a la ciudad. Serás escritor.

SALVADOR: (Relato.)

Esa noche, pasé varias horas preguntándome qué hacía un escritor en la vida.

MADRE: (Fuera de escena.)

50, 100, 150...

SALVADOR: (Relato.)

Mi madre contaba el dinero de la cajita de hojalata mientras papá repetía: "Salvadorcito será el orgullo del pueblo... el orgullo del pueblo..."

MADRE: (Fuera de escena.)

200, 250... 300... Es poco, demasiado poco.

### Recuerdo 9. El recuerdo que me queda de mi padre

¡Papá, papá! ¿Puedo ir contigo?

PADRE: No esta noche, Salvadorcito. Irás a buscar agua con José, toma también una cubeta que llenarás hasta el borde.

SALVADOR: (Acción.)

Si tú vas a juntar leña, yo puedo ayudarte.

PADRE: Donde voy, no hay niños.

SALVADOR: (Relato.)

Él me dijo al oído que ni siquiera mamá sabía cuál era el lugar de la cita.

PADRE: Guarda mi gorra de los domingos hasta que yo regrese, pero que no se te ocurra ponértela; el diablo se enojaría.



- SALVADOR: (*Relato.*)  
Cuando él se ponía esa gorra, tenía el aspecto de un viajero.
- PADRE: Te la voy a dar cuando seas un hombre.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Qué hace falta para ser un hombre?
- PADRE: Con el tiempo solamente se llega, Salvadorcito... pero hay que creer en eso apasionadamente. Como tu madre.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Mi padre se fue en la noche a discutir del pasado y del futuro de las tierras que rodean el pueblo. Esa reunión fue la más larga de todas. Ninguno de los hombres que asistía volvió esa noche y el pueblo se puso a esperar.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¡Papá, papá!
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Lo llamaba bajito varias veces por día; escribía la palabra delante de la casa, en el cuaderno de Ana, sobre el muro, convencido de que no podía no escucharme y de que nos sorprendería una mañana con una jarra de agua fresca.

*Salvador niño toca una flauta.*

Los días pasaban. Yo estiraba mis oídos para ser el primero en escuchar el canto del pájaro azul, más puro que el de un canario. Mi padre tenía la costumbre de anunciar su regreso imitando el canto de ese pájaro de la montaña.

*Se escucha cantar un pájaro.*

- SALVADOR: (*Acción.*)  
¡Es él! Lo escucho! ¡Es papá!
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Era un pájaro azul. Un simple pájaro azul.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Toma, vete, pájaro de mal agüero.

- SALVADOR: (*Relato.*)  
Y lo echaba furiosamente a pedradas.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¡Odio esos pájaros!
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Mi padre desapareció como un fantasma en una noche negra sin luna y sin estrellas. Hoy todavía lamento no haberlo abrazado para desearle buenas noches. La vida de un hombre tiene tan poca importancia en la montaña.

*Salvador toca la flauta.*

Cuando oigo crujir la madera de las ventanas en una noche como aquélla fría y lluviosa, yo sé que él trata de decirme algo...

### **Recuerdo 10. Descubro qué significa la ausencia de mi padre en la vida de todos los días**

- SALVADOR: (*Relato.*)  
Mamá perdió el gusto por los hombres y el de hacer hijos. Se quedó sola, sola para alimentar ocho bocas hambrientas demasiado grandes y dieciséis brazos demasiado pequeños para ayudarle.
- MADRE: María, tú harás de comer.  
Clara se ocupará del jardín.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Clara comenzó a renguear terriblemente como si su tobillo estropeado llevara encima toda nuestra pena.
- MADRE: Teresa, tú sabes barrer los pisos y tender las camas. Lo harás todos los días antes de ir a la escuela.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Ana hacía las compras y llevaba a los más pequeños con ella. Mi madre restregaba, exprimía, enjuagaba y extendía la ropa como antes. Se levan-



- taba siempre antes del alba, pero ya no venía a sentarse con nosotros para calentarse las manos acariciándonos la cabeza y tomar su café a pequeños sorbos golosos.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
Mamá, yo haré tu café porque tú no tienes tiempo.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Me gustaba el olor del café. Me gustaba agarrar la taza caliente entre mis manos y llevarla como un tesoro precioso. Me gustaba cuando ella me dejaba poner la cucharadita de azúcar que le daba tanto placer.
- MADRE: Hoy no tengo ganas de café, Salvadorcito.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Decidí darle una sorpresa y revolví toda la casa. No había ni un grano de café, ni una pizca de azúcar, tampoco encontré su taza.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
¿Dónde está la taza con flores azules, mamá?
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Mamá agachaba la cabeza. Las lágrimas caían sobre las sábanas blancas y yo comprendí lo que significaba la ausencia de mi padre.

## Recuerdo II. José se convierte en un hombre por la fuerza de las cosas

- MADRE: José, no olvides ir a buscar agua cuando vuelvas de la escuela...
- JOSÉ: El maestro tiene que prestarme un libro para terminar mi tarea...
- MADRE: No te olvides de agradecer al maestro.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Mi madre parecía que le creía. Sin embargo él mentía tan mal, que no engañaba ni siquiera a mis cinco años. Él partía más temprano cada mañana, y llegaba más tarde cada noche... Él vendía las me-

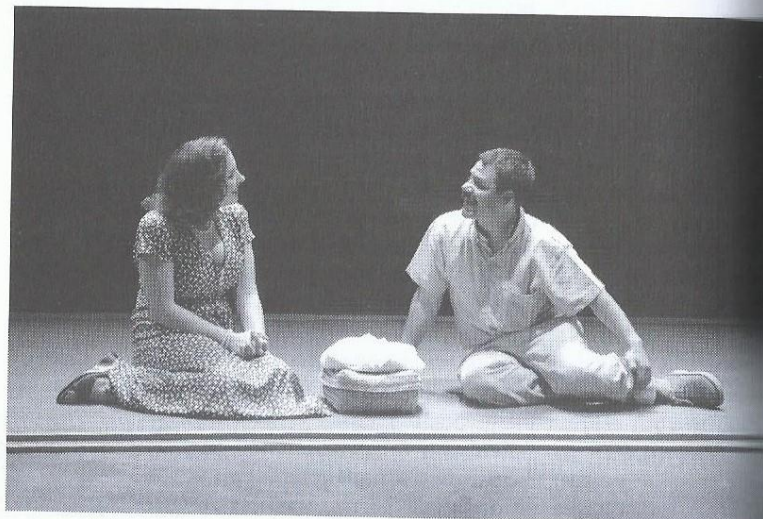
días, las camisas... la ropa de papá que no servía más.

*José le quita a Salvador la gorra que éste había escondido bajo la almohada.*

- SALVADOR: *(Acción.)*  
Papá me la prometió.
- JOSÉ: Dámela, pajarito. Dámela. Estoy seguro de poder venderla a un buen precio y podemos compartir el dinero.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
¡Jamás!
- JOSÉ: Necesito dinero para un proyecto... Ya verás. Es un buen proyecto.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
Le prometí a papá guardar su gorra...
- JOSÉ: Idiota...
- SALVADOR: *(Acción.)*  
No te la daré ni muerto.
- JOSÉ: Dámela.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
Jamás.
- JOSÉ: Papá no necesitará más esa gorra.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
¡José, José! Yo la necesito para volverme un hombre.

*José se escapa con la gorra.*

- SALVADOR: *(Relato.)*  
Cuando José volvió, estaba triunfante. Traía un cajoncito negro que reconocí rápidamente. El cajoncito de los lustrabotas de la plaza grande.
- JOSÉ: ¿Qué haces en la oscuridad, Salvadorcito?  
Mira esto. Me costó muy caro, pero ahora voy a poder ganar mi vida y ayudar a mamá.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
¿Mamá sabe?
- JOSÉ: Me compré un muy buen lugar y tú podrás ayudarme cuando seas grande.



SALVADOR: (*Relato.*)

Yo trataba de imaginar la cólera de mamá cuando viera a uno de sus hijos convertido en lustrabotas de la plaza pública...

JOSÉ: Voy a ganar mucho, Salvador.

*José saca del bolsillo dos tortillas de maíz...*

JOSÉ: Toma. Tengo más.

SALVADOR: (*Relato.*)

Él compraba mi silencio.

JOSÉ: ¡Ni una palabra, Salvador! ¡Lo que hago ahora a mamá no le interesa!

## Recuerdo 12. Mi encuentro con Blanca Albacarra

*Salvador lee.*

SALVADOR: (*Acción.*)

¿Has visto el mar, mamá?

MADRE: Nunca salí de la montaña Salvadorcito...

SALVADOR: (*Acción.*)

¿No te parece raro que una palabra tan pequeña contenga una cosa tan enorme que por todos lados en la tierra hace la lluvia y el buen tiempo? El autor dice que no encuentra las palabras para describir el color, la belleza y la inmensidad del mar.

MADRE: Tú sabrás encontrar las palabras, Salvadorcito.

SALVADOR: (*Relato.*)

Yo hojeaba el libro que Enrique me había prestado, soñando con las palabras que dicen las grandes cosas: mar, tierra, pena, muerte, vida, día, noche, todas esas palabras eran las más pequeñas.

*La madre de Salvador cae y grita.*



- SALVADOR: (*Acción.*)  
¡Mamá!
- MADRE: Salvadorcito... Hay que llevar este paquete a la casa de la señora Albacarra. ¿Sabrás hacerlo por mí?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Sí, mamá, y te traigo la ropa sucia que ella me dé.
- MADRE: ¿Sabes qué debes decir?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
"Sí, señora". "Gracias, señora"... Es fácil, mamá. Vuelvo enseguida.
- MADRE: Ponte el pantalón limpio y la camisa blanca y no te olvides de peinarte. Calle San Sebastián, puerta 14.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo sabía dónde vivía la señora Albarraca. Con Teresa había esperado horas delante del muro que rodea el jardín, con la esperanza de ver salir un amante vestido a medias...  
Corría. Los brazos llenos, la raya bien derecha en el cabello mojado, feliz como un príncipe, al fin útil. Llamé a la puerta como mamá me había dicho.
- Llama... El canto de un pájaro responde a la presión sobre el timbre.*
- Creí reconocer el canto del mirlo y llamé otra vez...
- Él llama, el pájaro canta. Él llama de nuevo y el pájaro canta. Así varias veces. Él se apoya sobre el timbre indefinidamente.*
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Cómo un pájaro puede responder a una leve presión del dedo con tanta precisión?
- La puerta se abre bruscamente.*

- LOLITA: Un timbre no es un juguete. No soy sorda y vas a terminar por despertar a la señora.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo me escondía detrás del paquete de sábanas, avergonzado como estaba.
- BLANCA ALBACARRA: ¿Quién llamó así, Lolita?
- LOLITA: El hijo de la señora Benedicta.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo cerraba lo ojos...
- BLANCA ALBACARRA: ¿Qué quieres, pequeño?
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo estaba mudo, seducido por la dulzura de su tono y por el perfume que eclipsaba el de las flores del jardín.
- BLANCA ALBACARRA: ¿Por qué tienes los ojos cerrados?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
No quiero morir.
- BLANCA ALBACARRA: ¿Tienes tanto miedo?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Teresa dice que algunos hombres han muerto por mirarla...
- BLANCA ALBACARRA: ¿Teresa?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Mi hermana mayor que ha decidido ser tan bella como usted para hacer morir de amor a los hombres.
- Blanca Albacarra ríe con todas sus fuerzas.*
- BLANCA ALBACARRA: Puedes abrir los ojos, pequeño. No hay ningún peligro.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
La luz de la siesta iluminaba un jardín fabuloso y, delante mío, la señora Albacarra, la más bella de las flores.
- BLANCA ALBACARRA: ¿Cómo te llamas?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Salvador... porque mi madre me salvó.
- BLANCA ALBACARRA: Pero, Salvador no quiere decir salvado.

- SALVADOR: (*Acción.*)  
Como no había otro nombre para decirlo mi madre eligió el más parecido.
- BLANCA ALBACARRA: ¿Crees que las personas se parecen a sus nombres?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
A usted la llaman Blanca Albacarra... Y una piel más blanca yo nunca he visto.
- BLANCA ALBACARRA: Hablas como un poeta, pequeñito.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Voy a ser escritor.
- BLANCA ALBACARRA: ¿Escritor?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Es mi madre quien me lo dijo y ella no se equivocaba nunca.
- BLANCA ALBACARRA: Es un bello oficio.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Enrique dice que el escritor puede contar todo lo que ve. Yo contaré que Teresa tenía razón...
- BLANCA ALBACARRA: Ella estaba equivocada, pequeño, tú no estás muerto.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Sin embargo, durante algunos instantes tuve deseos de morir.
- BLANCA ALBACARRA: Puedes venir cuando quieras. Me gustan los poetas y tú me contarás las historias de Teresa, Salvadorcito. Yo grabo tu nombre en mi memoria.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
De regreso a casa, escribí en la tierra mi primera carta de amor, que comenzaba así:
- SALVADOR: (*Acción.*)  
"Blanca Albacarra, yo grabé tu nombre en mi corazón..."

### Recuerdo 13. Los preparativos de la Navidad

- SALVADOR: (*Relato.*)  
Llovía a cántaros. Mi madre había sacado el pesebre de tierra coloreada donde los personajes felices

- nos recordaban que mi padre lo había hecho poco antes del nacimiento de José y que la Navidad no tardaría en llegar.
- JOSÉ: Cada uno de ustedes me dirá qué regalo desea.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
José, el mayor, escribía —no sabemos bien a quién— lo que cada uno de los pequeños deseaba.
- JOSÉ: Una cosa. Nada más.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¿Crees que hace falta escribir este año?
- JOSÉ: Hay que escribir todos los años.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo estaba inquieto. No sabía muy bien el papel de mi padre en las fiestas de Navidad, pero imaginaba que mi madre sola con el niño Jesús no alcanzaría para todos.
- ANA: Para mí, crayolas de colores...  
Escribe al niño Jesús que las compre en la librería que está frente a la iglesia... Es cerca y hay veinticuatro crayolas en la caja...
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Clara pidió pantunflas. Teresa quería todo, y los dos más pequeños, nada.
- JOSÉ: ¿Y tú, María?
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Ella quería un cuaderno para sus tareas...
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Entonces, yo quiero naranjas.
- JOSÉ: ¿Naranjas?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Una naranja.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Tenía miedo de parecerle muy exigente.
- JOSÉ: ¿Nada más?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Hace mucho que no como naranjas, ¿no te parece?
- JOSÉ: Tal vez tengas razón.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
José dijo que él era demasiado viejo para regalos y salió misteriosamente.





Ana, misteriosa también, me llevó hasta un rincón.

ANA: Mira.

SALVADOR: (Acción.)

¡Cuentas!

ANA: ¡Cinco cuentas de todos los colores!  
Felicia las ha encontrado en el basurero.

SALVADOR: (Acción.)

¡En el basurero!

SALVADOR: (Relato.)

Mi madre nos había prohibido terminantemente pisar ese lugar...

ANA: Mamá no lo sabrá y como no se trata de comer...  
Quiero hacerle un regalo.

SALVADOR: (Relato.)

Yo nunca había desobedecido, pero Ana tenía la conciencia tan tranquila.

ANA: ¿Crees que mamá estará contenta?

SALVADOR: (Relato.)

Ana, tan perezosa delante de las O y de las A, tenía el coraje de nuestra madre para encontrar las cuentas de color y para darle placer.

ANA: Si encuentro suficientes, le haré un collar que le cubrirá el pecho y haré uno más chiquito para mí.  
¿Crees que voy a encontrar un poco de hilo?

SALVADOR: (Acción.)

Si hay cuentas de colores, por qué no va a haber hilo...

SALVADOR: (Relato.)

Yo imaginaba un basurero como un inmenso comercio donde había todo para servirse a su gusto. Nos tomó más de dos horas encontrar unas pocas cuentas; justo las necesarias para hacer un pequeño collar. Comencé a esperar la Navidad con impaciencia.



# **Recuerdo 14. La primera Navidad sin mi padre**

- SALVADOR: *(Relato.)*  
El 24 de diciembre el cielo había recuperado su claridad, ésa que hace que sea uno de los más bellos del mundo.  
El chocolate y el pan de nata sobre la mesa me decían que sería verdaderamente una Navidad, José regresó temprano. Él usó su voz de hombre para ayudarlo a mi madre a acostarnos...  
El sueño nos ganó uno a uno, extinguiendo los susurros y las risas en una noche donde todas las esperanzas están permitidas... Me dormí escuchando las agujas de tejer de mi madre.
- MADRE: Levántense, mis pequeños. Es casi medianoche.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
Mamá, papá va a venir pronto...

*La primera en levantarse es Ana y encuentra la caja de crayolas que ella ha pedido.*

- ANA: ¡Miren, miren mis crayolas de colores! No falta ni una. ¡Miren!
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Ella bailaba de alegría, besaba a Manuela, se colgaba del cuello de mamá que se probaba el collar y enjugaba una lágrima...
- MADRE: Gracias, hijos míos. ¡Es tan lindo este collar! Y con los guantes nunca más tendré frío en las manos.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
¿De dónde venían los guantes que ella había encontrado bajo el collar?
- SALVADOR: *(Acción.)*  
Siete, ocho...
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Había recibido nueve naranjas. Una para cada uno de nosotros. Escondí la mía bajo la almohada... Tenía la certeza de que papá estaba cerca y

- que esperaba un momento oportuno para sorprendernos. Seguramente le gustaría una naranja.
- JOSÉ: ¿Miraste bien en el fondo de tu bolsa, Salvadorcito?
- SALVADOR: *(Acción.)*  
Una pluma nueva...
- JOSÉ: Una verdadera pluma de escritor.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
José, enséñanos lo que has recibido.
- JOSÉ: Sabes muy bien que yo estoy viejo para regalos.
- MADRE: Todos los años, hijos míos, la misa de medianoche comienza a...
- TODOS LOS HIJOS: *(Interrumpiendo a Benedicta.)*  
¡A medianoche!
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Pese al frío de la noche, la calle nos parecía alegre. Mientras más nos acercábamos a la iglesia, más nos ganaba el espíritu de Navidad y la esperanza de ver a mi padre crecer.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
José, ¿crees que la danza de los machetes va a hacerse mañana, como de costumbre?
- JOSÉ: Seguro, pajarito, es la tradición.
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Los hombres del pueblo se preparaban durante meses para esta fiesta que se hacía en el atrio de la iglesia a las tres, el día de Navidad.  
Con ropa de gala roja y blanca, ellos hacían malabarismos, danzaban, daban mil vueltas de acrobacia sin jamás dejar caer los machetes, lo que hacía de esa danza una hazaña.  
Yo me levanté al alba y llegué primero para guardar los mejores lugares.
- SALVADOR: *(Acción.)*  
Papá ganó siempre, ¿eh, mamá?
- MADRE: Siempre desde que yo lo conocí, salvo el año de tu nacimiento... Lo habías trastornado, Salvador....
- SALVADOR: *(Relato.)*  
Yo miraba las proezas de cada concursante. Esperaba que mi padre saltara sobre el pasto y tomara



los machetes para hacernos gritar de miedo y de alegría.

Esperé hasta que el vencedor recibió su trofeo... Era un triunfo sin gloria; todos los buenos bailarines del pueblo estaban ausentes.

En un segundo comprendí que el cajoncito negro de José era el que había pagado las naranjas, la pluma, las pantunflas, los guantes...

JOSÉ: ¿Me perdonas, pajarito?

SALVADOR: *(Relato.)*

Le apreté la mano para agradecerle.

### Recuerdo 15. Comprendo que mi padre no vendrá

SALVADOR: *(Relato.)*

Comí mi naranja después de haberle pedido a José el dinero que necesitaba para comprar una cuando papá regresara.

Las semanas pasaban. Mi madre colocaba la cajita de hojalata bajo su almohada y creía que nadie conocía su escondite.

Aprovechaba la oscuridad, el corazón laténdole como a una ladrona, para tomar el dinero de nuestro porvenir para comprar el pan y las papas.

SALVADOR: *(Acción.)*

Ya soy bastante grande como para ganarme la vida.

MADRE: No digas tonterías, Salvador. Los niños de cinco años no se ganan la vida.

SALVADOR: *(Acción.)*

Puedo tallar la ropa tan bien como tú.

*Salvador toma una prenda y se pone a tallarla con todas sus fuerzas.*

MADRE: Tratar así las sábanas no hace sino gastarlas, Salvador. Escúchame bien: mientras me quede un

poco de aliento, tú no lavarás la ropa sucia de los otros.

SALVADOR: *(Relato.)*

Me quedaba un último argumento para convencerla de que me dejara ayudarla. Corrí hasta su cama y agité la cajita de hojalata que seguía muda. Encontré sólo algunas páginas amarillentas de un periódico.

SALVADOR: *(Acción.) (Lee.)*

*El Cotidiano de la Sierra, 18 de marzo...*

Abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero...

SALVADOR: *(Relato.)*

El periódico era de hacía diez meses...

SALVADOR: *(Acción.) (Lee.)*

La reunión que tuvo lugar en la ciudad de Huanavelica terminó con un enfrentamiento sangriento entre la armada y los paisanos. Hubo doce víctimas entre los paisanos y la armada...

SALVADOR: *(Relato.)*

Otra página del periódico cortada a mano y arrugada tenía la fecha de octubre y ahí estaba la lista de los muertos...

### Recuerdo 16. El día en que José no regresó

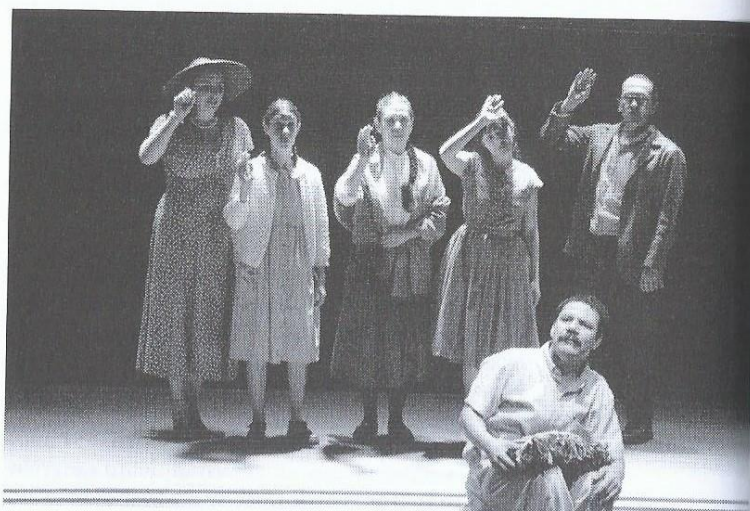
SALVADOR: *(Relato.)*

José era el hombre de la familia. Salía temprano, llegaba tarde... Ni siquiera llevaba sus libros y sus cuadernos.

Mi madre lo esperaba tejiendo. Yo esperaba con ella en el calor de la cama, la oreja pegada contra el corazón de Julio.

Cada noche, José le daba a mi madre dinero que ella guardaba con sorpresa y cólera, pero que aceptaba.

*José se acerca a la cama de Salvador.*



JOSÉ: Duermes, pajarito, duermes. ¿Has visto qué hora es? ¿Qué va a decir el maestro si te duermes sobre tu pupitre? Toma.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Él me daba una galletita, un resto de chorizo, un panecillo...

JOSÉ: Sigue pequeño, Salvadorcito, la vida de los grandes es difícil.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Una noche lo esperamos largamente; yo, bajo las frazadas; mamá, en la ventana. El alba paliducha nos encontró estremecidos, cansados e inquietos.

MADRE: José no regresó.

SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo le gritaba con brusquedad que él se había retrasado.

SALVADOR: (*Acción.*)  
Ya vas a ver, mamá, él va a llegar con pan y huevos.

MADRE: No llores, Salvador...

SALVADOR: (*Relato.*)  
Ahora yo era el hombre de la familia y tenía apenas siete años.

MADRE: Los hijos crecen demasiado rápido en la montaña. Ve a dormir, Salvador. Tú tienes sólo la piel sobre los huesos para protegerte del frío.

SALVADOR: (*Relato.*)  
El miedo se había instalado en nuestra casa. El miedo a la montaña que les arranca los hombres a sus familias, los hijos a sus madres; el miedo de la noche, del frío, y el miedo más terrible de todos... el miedo de comerse el último pedazo de pan.

### Recuerdo 17. Encuentro trabajo

SALVADOR: (*Relato.*)  
Había agarrado la costumbre, después de la es-



- cuela, de instalarme junto a los lustrabotas con la esperanza de encontrar a José. Él había desaparecido, aspirado por la calle, y aún hoy no sé si lleva una camisa blanca y una corbata como quería mamá.
- Ayudábamos todos en la casa, pero yo... yo me sentía responsable de las papas para la sopa y de la cajita de hojalata de nuestro porvenir.
- Es Teresa quien me inspiró...
- TERESA: Salvadorcito, tú que eres tan hábil con las palabras... podrías escribir por mí... una carta bien tierna...
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Había encontrado un trabajo: escritor público. Le pedí a Enrique que me prestara el diccionario de la clase, que yo me llevaría todas las tardes y devolvería cada mañana.... Tome la pluma y arranqué varias páginas de mi cuaderno.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Escritor público, hábil en todo tipo de cartas. Puedo hacer que la más arisca los ame, y arreglar en dos palabras esos problemas que perturban sus domingos.
- HOMBRE: ¡Eh, muchacho! ¿Es cierto que puedes escribir cualquier cosa?
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Le mostré mi lapicero y pareció impresionado.
- HOMBRE: Sin embargo, eres pequeño.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
El maestro dice que no hay nadie mejor que yo para formar las palabras.
- HOMBRE: Es una historia delicada. Una historia de...
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Él amaba a la mujer de su vecino, quien había decidido llevarse a la bella infiel muy lejos. Gracias a Teresa, yo tenía para el amor el vocabulario del exceso...
- SALVADOR: (*Acción.*)  
"Mi ángel negro, yo daría la vuelta al mundo ca-

- minando para ver tus cabellos flotar en la luz de la tarde que cae. Después, yo me quitaré la vida"...
- HOMBRE: ¿Es necesario llegar a eso?
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Es la más bella manera de decir "Te amo", "No puedo más vivir sin contemplar al alba tu rostro adorado" ¿Firmo?
- HOMBRE: Álvaro.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
"Siempre tuyo, tu Álvaro."
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Al escribir la dirección tenía la frente húmeda y las manos temblorosas.
- HOMBRE: Toma, pequeño. Te lo mereces.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Me dio el doble de lo que le había pedido y me hizo tal reputación, que tuve, muy pronto, clientes en fila y los bolsillos llenos de monedas que deslizaba a escondidas en la cajita de hojalata.

### Recuerdo 18. Mi madre descubre de dónde viene el dinero de la cajita de hojalata

- ANA: Déjame preparar tu papel.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
No podía tener secretos para Ana.
- ANA: Para las cartas de negocios, trazo un recuadro negro y limpio. Tu escribirás dentro.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Para las cartas de amor, ella se dejaba llevar por una fantasía donde las flores y los corazones regresaban siempre y que complacía mucho a mis clientes.
- ANA: Para las cartas a los muertos...
- SALVADOR: (*Acción.*)  
De pésame a los familiares de los muertos, Ana.
- ANA: Pájaros, ya que las almas vuelan.

SALVADOR: (*Acción.*)

Escritor público, hábil en todo tipo de cartas...

SALVADOR: (*Relato.*)

Lo decía por placer ya que, a las cuatro y media, cuando llegaba a la plaza, los clientes me esperaban. Me acordaré siempre de los más pequeños detalles de ese viernes por la tarde... Escribía una carta que me recordaba la lucha de mi padre. El hombre contaba cómo le habían robado su pequeño pedazo de tierra, el frío de la noche, el hambre de sus hijos...

Me apuraba porque el sol caía y el cielo se oscurecía... Terminé esa carta sin levantar los ojos... El hombre pagó y yo pensé que ya estaba libre.

MADRE: Señor, ¿tiene tiempo todavía?

SALVADOR: (*Relato.*)

Sentí que el corazón se me iba a los pies.

SALVADOR: (*Acción.*)

¡Mamá!

SALVADOR: (*Relato.*)

Ella enrojeció como un niño descubierto en falda...

*Benedicta esconde en su espalda una hoja de papel que tiene en la mano.*

SALVADOR: (*Acción.*)

¿Qué haces aquí?

MADRE: ¡Salvador! ¡Soy yo quien debe preguntar qué haces aquí...!

SALVADOR: (*Acción.*)

Soy escritor, como tú me habías dicho...

MADRE: También dije que los niños de siete años no andan por la calle cuando cae la noche...

SALVADOR: (*Acción.*)

¿Quién va a ganar el dinero de nuestro porvenir?

MADRE: No eres tú quien lo hará. Vámonos a casa enseñada.

SALVADOR: (*Acción.*)

Yo puedo ayudarte, mamá...

SALVADOR: (*Relato.*)

Ella enrojeció nuevamente y yo comprendí que la pena de ver a su hijo en la calle duplicaba la pena de ver descubierto su secreto... Nos había ocultado tan bien que no sabía leer, ni escribir...

MADRE: Volvamos a casa, Salvadorcito. Es tarde. Los pequeños deben tener hambre.

SALVADOR: (*Relato.*)

No nos dijimos ni una palabra hasta la casa y el silencio pesaba entre nosotros de tantos secretos que teníamos.

### Recuerdo 19. Benedicta toma una gran decisión

MADRE: María, dales de comer a los niños. Debo salir.

SALVADOR: (*Relato.*)

Ella alisó sus cabellos con agua, rehizo su trenza, se puso su blusa blanca de las grandes ocasiones, su mejor chal, pese a la lluvia que caía, y partió en la noche con viento.

MARÍA: Salvador, ¿sabes adónde va mamá?

SALVADOR: (*Acción.*)

No, María.

SALVADOR: (*Relato.*)

Cómo habría podido responder a la pregunta de María... Yo me preguntaba lo mismo con angustia. Mamá tardaba y le preparé un plato que le dejé en la mesa junto a una hoja blanca donde había escrito:

SALVADOR: (*Acción.*)

*Para mamá, de Salvador.*

SALVADOR: (*Relato.*)

... sobre la más bella de las hojas de Ana. Yo estaba seguro de que ella reconocería esas dos palabras.

MARÍA: ¿Estás seguro de no saber dónde está mamá?



- SALVADOR: (*Acción.*)  
No, María, no...
- MARÍA: Entonces, vamos a acostarnos. Mamá no estará contenta si estamos levantados a estas horas.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Ve a dormir, María, yo voy a esperar a mamá.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Mamá entró en medio de la noche.
- MADRE: ¡Salvadorcito!
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Su sonrisa brillaba como una luna llena.
- MADRE: Mañana partes para la ciudad, a un colegio donde se te enseñará todo lo necesario para ser escritor. Enrique ha encontrado el mejor colegio y él me ha dicho que allí serás feliz.
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Quiero quedarme aquí, contigo. Con mis hermanos...
- MADRE: Blanca Albacarra va a pagar tus estudios... Le deberás gratitud eterna...
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Yo tengo dinero para mis estudios, mamá.
- Salvador extiende la cajita de hojalata hasta su madre.*
- Escucha, mamá,
- MADRE: Salvadorcito... hay apenas lo necesario para comprar provisiones para el viaje.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Meses de trabajo honesto... Mi madre tenía razón: éramos demasiado pequeños para arreglarnos los solos. Benedicta, tan orgullosa, había pedido un porvenir para su hijo.
- MADRE: Duerme, hijo mío, mañana será una larga jornada.

## Recuerdo 20. Emprendo el viaje de mi vida

- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo tenía siete años, un pasaje de tren de ida, una carta para el director del colegio, un dibujo mal hecho del camino para llegar a él, un pantalón, dos camisas, una pluma... y la hamaquita de lana de alpaca que mi madre me había llevado.
- MADRE: Lo abrirás en el tren, Salvadorcito.
- Se escucha el silbato del tren que parte.*
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Yo miraba a mi madre, a Teresa, Ana, María, Clara, Julio y Manuela en línea sobre el andén que me saludaban con la mano tiernamente, llenos de esperanzas. Se volvían cada vez más pequeños, cada vez más lejanos. Sólo puntos que se perdían en la noche...
- Se escucha el rodar regular del tren en marcha. Salvador despliega la pequeña hamaca...*
- SALVADOR: (*Acción.*)  
Pan, carne... Mamá encontró carne.
- SALVADOR: (*Relato.*)  
... cortada tan fina...
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¡Una carta de Teresa y de Clara... y de María! ¡Un mechón de Julio! ¡Y uno de Manuela! Dibujos de Ana...
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Entre los dibujos de Ana encontré...
- SALVADOR: (*Acción.*)  
¡Una foto de mamá... con la ropa que llevaba ayer!
- SALVADOR: (*Relato.*)  
Para darme fuerzas para crecer, Benedicta había vencido su miedo a los fotógrafos que roban las almas, decía ella. Sentí una gran oleada de ternura.

*Aprieta la foto contra su pecho.*

SALVADOR: (*Acción.*)

Mamá, estarás orgullosa de mí.

SALVADOR: (*Relato.*)

En el fondo, bien en el fondo, envuelta en una hoja de papel arrugado, encontré una enorme bola que yo no reconocía, color del oro deslavado, con olor divino.

MADRE: (*Fuera de escena.*)

Comeremos los mangos de nuestro árbol, Salvadorcito. Basta con creer.

SALVADOR: (*Relato.*)

Una sola palabra sobre la hoja, escrita torpemente...

SALVADOR: (*Acción.*)

... Mamá.

*Salvador* se estrenó el 17 de mayo de 2003, en el Teatro Xavier Villaurrutia de la ciudad de México, con el siguiente reparto:

SALVADOR: Antonio Zúñiga

LA MADRE: Luisa Huertas

EL PADRE, JOSÉ,

ENRIQUE Y ÁLVARO: Carlos Aragón

TERESA: Paola Izquierdo

ANA Y LOLITA: Lucía Muñoz

BLANCA ALBACARRA: Gabriela Murray

DIRECCIÓN: Sandra Félix

ESCENOGRAFÍA

E ILUMINACIÓN: Philippe Amand

VESTUARIO: Tolita y María Figueroa

DISEÑO SONORO: Mauricio García Lozano

ESCENOFONÍA: Rodolfo Sánchez Álarado

VIDEO: Julián de Tavira

ASISTENTE DE DIRECCIÓN: Ángeles Hernández

ASISTENTE DE PRODUCCIÓN: Ana Francis Palomares

ASISTENTE EJECUTIVA: Fabiola Rivera

*Salvador. La montagne, l'enfant et la mangue* se estrenó el 1 de diciembre de 1994, con la compañía Le Carrousel en Montreal, con Jean-Guy Viau, Patrice Coquereau, Marcela Pizarro, Monique Richard y Alejandro Venegas, bajo la dirección de Gervais Gaudreault, asistido por Monique Corbeil, la escenografía y el atrezzo fueron de Francine Martin, el vestuario de Mireille Vachon, la iluminación de Dominique Gagnon y la investigación musical de Alejandro Venegas.



Se antoja que otros directores se vean tentados a montar *Salvador* o *El Ogrito*, y ésta es, sin duda, una de las razones de la presente publicación. Otra es ofrecer una lectura de interés para todo amante del teatro y para quien aún no lo es, por la falta de costumbre que prevalece en nuestro país de disfrutar de este género.

Bienvenida sea, pues, la oportunidad de conocer una dramaturgia cada día más valorada por gente de diversos países, edades y condiciones, al punto de haber sido traducida no sólo al inglés y al español, sino también al italiano, al portugués, al ruso, al catalán, al flamenco y al persa. Impacto que proviene simplemente de que el teatro de Suzanne Lebeau es un buen teatro, sin los diminutivos ni atenuantes que suelen añadirse al arte cuando va dirigido a los niños.

**Berta Hiriart**